

Entre mis cavilaciones de amor

Cristhian Fernando Fustamante Serrano

Image not found.

Capítulo 1

Sentado. Frente a una computadora. Mis dedos teclean, tac, tac, tac. El sonido cotidiano de mis ideas escurriéndose en una hoja virtual. Un día casi como cualquier otro, a excepción de que esta vez escribiré sobre algo distinto. Algo inusual, algo que nunca me había ocurrido en toda mi vida. Aquello que estremece a los poetas. Lo que mueve a la tercera parte del mundo (sí, a la tercera, porque creo firmemente, que las otras dos se mueven por el miedo y el odio)

Y por estas pequeñas pistas, imagino que cualquiera que lea mi pequeño relato, habrá descifrado la incógnita... el néctar de la vida por antonomasia, ¡el amor! Pero no el amor fraternal, ni tampoco el maternal. Sino el más impuro de todos. El que borra amistades, el que separa hermanos, familias, el que trastorna e inclina al hombre y/o mujer a cometer atrocidades. El tipo de amor, que a veces no se considera como tal, y que sin embargo yo sí lo nombro así, porque ¿acaso no es amor todo aquello que consideramos digno de proteger, aquello que buscamos toda la vida, y que nos da felicidad?

Era, precisamente aquello que había encontrado: el tormento...y la felicidad eternas. El desasosiego... y la paz, perennes. Todas las emociones existentes se mezclaban en mi cabeza. Había encontrado por fin a mi musa. Quien le daría color a mi vida monótona. La había encontrado, pero ella ni siquiera notaba mi existencia.

Ella, me llevaba uno o dos años. Practicaba básquet. Era muy simpática y alegre. Daba una sonrisa a quien sea que la saludara. Era gratificante hablar con ella, o al menos eso era lo que me habían contado mis compañeros de universidad. Yo jamás me acerqué a saludarla, solo averigüé sus hábitos día tras día para seguirla, y así inspirar mis propios días. La espiaba, pero era prudente, a la hora de hacerlo; cualquier error podía pagarse con el hecho de no poder verla más. Conocía el riesgo, pero aun así necesitaba hacerlo, porque cuando uno está enamorado busca cualquier forma de ver a su amada.

También aprendí sus horarios. Sabía a qué hora entraba, a qué hora salía. Qué cursos llevaba, quiénes eran sus amigos más cercanos. Poco a poco también me enteré de algunos de sus logros, de su personalidad. Toda la información era, por supuesto, brindada por amigos que querían ayudarme. Que creían que me ayudaban. Pero ciertamente, con cada detalle mis ansias de conocerla más, aumentaban. Una especie de enfermedad, de obsesión enfermiza me mantenía atado a ella. Ahora creo que lo reconozco. O solo quizás era un amor distinto. Sea como sea, yo sentía algo dentro de mí. Un nudo se formaba en mi pecho cuando no la

veía.

Todo esto lo seguí haciendo semana tras semana. Sin embargo, llegó un día, que no me era suficiente verla en la universidad. Entonces, empecé a seguirla a su casa, a tomarle fotos, a grabarla. Y así pasó un mes, hasta que nuevamente no me sentí conforme con lo que había logrado. Quería más, necesitaba más. Aunque para ese entonces mi cuarto estaba lleno de sus fotografías, mi amor iba más allá de cualquier raciocinio, y el deseo estaba por encima de cualquier otra cosa en mi vida.

Capítulo 2

No sabía qué más hacer. Entrar a su casa, escribirle una carta, un correo; pensé en tantas opciones, pero ninguna me parecía correcta. ¿Acaso tenía que romper la barrera que nos separaba para conseguir más de ella?

Día tras día, los pensamientos me destrozaban por dentro. Me insistía a mí mismo que no debía acercarme tanto, porque si ella se daba cuenta de mi amor, quizá podría no corresponderlo, quizá sentir asco, rabia. No quería arriesgar todo lo que había logrado. Estaba en un dilema, del que pensaba no podría salir, hasta que sucedió lo más inesperado.

Era un viernes, lo recuerdo bien. Ella estaba por terminar su práctica de baloncesto. Yo, sentado en una banca a unos metros de ella, con un libro en mis manos. De lejos parecía, que estaba leyendo, pero solo era mi cubierta para poder verla sin causar sospechas. Y en el transcurrir del partido, noté algo extraño: ella a veces me miraba! Disimuladamente, pero lo hacía. Mi corazón latía mucho, creí que estaba imaginándolo. Tuvo que repetirse unas cuatro veces para darme cuenta que no era un sueño. Era real.

Seguí observándola, hasta que terminó su entrenamiento. Y cuando estaba por irse, se le cayó un papel. Pensé en advertirle, pero me detuve. Dudé. Me quedé sentado en el mismo lugar una media hora hasta que me atreví a levantarme y ver qué contenía ese papel. La sorpresa fue tal, que tuve que leerlo muchas veces, hasta que me grabé su contenido:

“Sé que me observas. Lo haces casi todo el tiempo. Pero, quiero que sepas, que aunque me parece un poco raro...también me gusta. Quiero que vengas a mi casa. Necesito conocerte. No te daré mi dirección, porque imagino que ya la sabes”

Sentía que había ganado, pero a la vez, perdido. Ella me había aceptado, pero fracasé en no ser notado. Me había atrapado. No había forma de huir. La barrera estaba casi rota. Pero, no era yo quien había dado el primer paso.

Cuando llegué a su casa, toqué el timbre. Una señora, un poco robusta, me recibió y me dijo que subiera, que no tardaban en llegar los demás. “¿Llegar los demás?”, pensé. No le di importancia. Subí al segundo piso, y escuché su voz: “Ven, pasa” Entré a su cuarto con mucho nerviosismo. Ella me miró de pies a cabeza, no me dijo nada. Volteó el monitor de su computadora, para que yo viera. Me acerqué. El vídeo tenía una canción melancólica y un fondo negro con las siguientes palabras: “Eddie es un estudiante raro. Tan raro, que todos se alejan de él. Tan raro que empezó a espiar a sus compañeros” Me paralicé cuando lo leí, pero aún había más: “También es tonto, tan tonto que creía que nadie se había dado

cuenta de lo que hacía. Tan tonto que creyó que podía conseguir a una chica linda”

Era suficiente. Más de lo que podía permitir. Reaccioné en cuestión de segundos. Con una mano tapé la boca de mi antiguo amor y con la otra agarré una regla metálica. Sin pensarlo se la clavé en un ojo. El sonido fue brutal, siniestro, poético. La sangre corrió como un río por su cara. Quiso escapar. Me mordió la mano, pero creo que por la adrenalina no lo sentí, hasta después de destrozarle el otro globo ocular. Creí por unos segundos que había muerto, pero volvió a moverse, tratando de liberarse. No lo permití. Y con una tijera terminé su sufrimiento, enterrándosela en la frente. Entre lo que habían sido sus ojos, aquellos que formaban parte de mis recuerdos y mis pensamientos.

Para cuando volví a la realidad, ella estaba echada en su cama, llena de sangre. Me pareció grotesco, así que le puse una almohada encima de su rostro. Creí, entonces, que ya era momento de irme, hasta que escuché el timbre, la puerta principal que se abría. Sabía lo que me esperaba, así que decidí cerrar la puerta con seguro y como otros tantos días, aunque esta vez no fuera en mi laptop, empecé a escribir.

Image not found.